

## **NAVIDAD EN LA CARCEL: PANDEMIA Y PRESENCIA DE LA TERNURA DE DIOS.**

Un año más hemos celebrado la Navidad en la cárcel de Navalcarnero, y como ya se ha repetido hasta la saciedad en todos los sitios, de manera diferente a como la hemos celebrado otros años. Siempre en la cárcel la Navidad es diferente, pero este año aún más, porque algo tan especial para nosotros, voluntarios y presos, y de lo que están tan faltos nuestros chavales de la cárcel, no ha podido hacerse en este año: abrazarnos y sentir el calor humano, con ese abrazo que nos acerca entre nosotros, y que por eso también nos acerca al abrazo y al amor del mismo Dios. Esos abrazos a los que estamos acostumbrados en nuestra cárcel, y que ahora hace ya casi un año, no podemos darnos. Pero, así y todo, como siempre, hemos intentado llevar la buena nueva de Jesús, hecho hombre, a los que están presos en Navalcarnero, y ha sido, también como siempre, una experiencia especial de “ternura fraterna”, de humanización y por eso de evangelio, en el mejor sentido de la palabra.

Ciertamente, en la cárcel cualquier fiesta, del tipo que sea, cualquier encuentro, se vive de manera especial, y por eso, también, así se viven cualquiera de las fiestas cristianas, que allí celebramos en comunidad. Yo siempre digo que ya me gustaría a mí, que en muchas parroquias se viviera las celebraciones de la Eucaristía, con la misma intensidad con que se viven allí.

El día de Nochebuena, tuvimos, como todos los años, la celebración de la navidad de modo adelantado, porque la Eucaristía, que sería del Gallo para el resto de las comunidades, allí la celebramos a las diez y a las once de la mañana. Este año, tuvimos dos celebraciones porque no podíamos juntarnos todos a la vez, debido al Covid. En la primera Eucaristía suelen participar ahora siempre menos, ese día seríamos unos veinticinco, y en la segunda, en torno a cuarenta. Menos también de los que nos reuníamos antes de la pandemia, primero por el miedo de muchos de los chicos y también por problemas con las listas que, desde la subdirección de seguridad, de la propia cárcel, se están haciendo, y que permiten la salida de los chicos a las celebraciones.

Centramos la celebración en dos experiencias importantes: por un lado, la ternura de Dios, que se hace presente de modo especial en el

nacimiento del Niño Dios, y a la vez, constatar nuestra propia debilidad personal, unida a la debilidad y necesidad que aparece en cualquier niño recién nacido, y, por tanto, también en el recién nacido de Belén. Por eso al comenzar la celebración, hemos ido haciendo una experiencia muy humana y que yo creo ha llegado a lo más profundo de todos. Nos hemos invitado todos a que, con los ojos cerrados, fueran recordando diferentes situaciones o imágenes en nuestra vida de especial ternura. Y al ir recordando esas imágenes, recrearnos en ella, como intentar vivirlas de nuevo. Ha sido estremecedor, como siempre, el silencio que se ha creado en las dos celebraciones, un silencio lleno de imágenes, de vivencias profundas de cada uno de los que allí estábamos reunidos. Incluso, a algunos se nos han escapado las lágrimas de emoción, como luego hemos ido manifestando, porque hemos recordado momentos especialmente bonitos de nuestra vida.

A continuación, y, siguiendo en silencio, hemos ido pensando a quién nos gustaría recordar en esa mañana de nochebuena, de modo especial. Y luego hemos ido poniendo en común ambas experiencias. Varios han hablado emocionados, y han coincidido en que un momento especialmente tierno en sus vidas fue el nacimiento de sus hijos, o el tenerlos en brazos por primera vez; también tierno el recordar a su familia reunida cuando eran niños, o momentos especiales de alegría que ha podido disfrutar juntos. Las personas recordadas de nuevo han sido también sus hijos, sus mujeres, sus padres... Desde la emoción contenida hemos ido dando gracias de modo especial por esas personas, y por esas situaciones vividas de amor y de ternura entrañables.

En tercer lugar, hemos ido pensando a quién nos gustaría abrazar en esa mañana y también quien nos gustaría que nos pudiera abrazar. Y de nuevo, ha sido recordar sobre todo a los hijos, a los padres, a las mujeres... en el fondo a tantas personas que nos quieren y con quien seguimos compartiendo nuestra vida, a pesar de estar presos, porque la prisión no nos puede arrebatarnos el compartir desde el corazón, con las personas queridas todo lo que somos, aunque sea no físicamente, desde la distancia, pero desde lo más profundo de nuestro ser.

Con cantos se ha seguido la celebración. Antes de escuchar el relato de San Lucas, donde se nos narra el nacimiento de Jesús, hemos entronizado

al Niño entre el canto y la alegría esperanzada en un Dios que quiere hacerse hombre, persona, ser humano como nosotros. Y tras la lectura del evangelio, hemos tenido otro momento de reflexión importante, donde hemos partido de contemplar la propia escena de San Lucas. Partiendo de nuestras propias debilidades, nos llenamos de la debilidad del mismo Dios. Todos somos conscientes de esas debilidades personales, pero quizás en la cárcel como que se hacen aún mayores. En la cárcel todos somos débiles, porque la fuerza de la institución penitenciaria es de tal magnitud, que en ocasiones nos impide desarrollarnos como personas. En las cárceles descubrimos que todos nos necesitamos, que todos dependemos unos de otros, que nadie puede hacerse el fuerte en todos los momentos. Que unas veces soy yo el fuerte, el que da ánimos, el que parece que la institución no me hace nada, y otras veces yo soy el débil y necesito de los demás. Esa debilidad es la que, en la navidad, en la Eucaristía, hemos contemplado, y lo hemos hecho contemplando el misterio de Dios, hecho hombre. Dios se ha humanizado en la cárcel en cada uno de nosotros, en lo que somos, en lo que vivimos, en nuestros llantos y sufrimientos de cada día, y nos ha dicho que nos necesita, que cuenta con nosotros, precisamente para hacer la cárcel más humana, más familiar y fraterna. Sí, aunque parezca contradictorio, se trata de que nosotros tenemos que vivir la experiencia de humanizar la cárcel, desde los detalles de cada día para con los otros, desde quitar todo lo punitivo de la institución y desde reconocer que no somos nada los unos sin los otros. Y desde ahí, nuestras debilidades se vuelven en grandezas, nuestras miserias en glorias y nuestras esperanzas y proyectos, pueden verse hechos realidad. Es la llamada a la humanización, y, por tanto, a la divinización, la que desde Belén escuchábamos en este día.

Y a la vez, descubrir y presentar también nuestras ternuras. Comenzábamos la celebración de este día contemplando imágenes de ternura de nuestra vida; y ahora la ternura se hacía presente en el Niño Dios, nacido en Belén, tierno, necesitado y débil, similar a las imágenes de nuestros hijos que todos hemos contemplado al comienzo. El poder de Dios, su grandeza se hace presente en su debilidad y en su ternura. ¿Hay algo más grande y más tierno que un niño recién nacido? Sin duda es también la paradoja que vivimos cada día en la cárcel: la ternura frente a

la tiranía de un sistema que se encarga de decirnos en cada momento lo malos que somos, o lo “feo de nuestro delito”; es la ternura que nos hace, contando con el delito, reconquistar nuestra humanidad y volver de nuevo a nacer a una experiencia distinta.

Por eso nos hemos dejado también en este día abrazar por la ternura y el amor de Dios; una ternura y un amor que se hace presente en muchos gestos al cabo de los días, y de la vida en nuestra cárcel; una experiencia humana que nos hace reconocer que los seres humanos podemos cambiar, podemos ser distintos, o lo que decimos en el lenguaje penitenciario, “que podemos reinsertarnos”. Y eso, desde reconocer y sentir que Dios no nos condena, sino que sale a nuestro encuentro de nuevo en esta navidad, distinta por menos follón de lo habitual, pero tremendamente esperanzadora.

Ha sido un diálogo especial el que juntos hemos tenido, porque todos han ido participando, a través de sus propias experiencias. Muchos han dicho lo que sienten cuando alguien les ayuda, les echa una mano en la prisión, o lo que viven de modo gratuito cuando también ellos ayudan a alguien. Nos necesitamos y somos necesitados, los unos de los otros. Ojalá que ese fuera el gran reconocimiento de esta navidad distinta: no podemos hacer nada sin los otros, y Dios cuenta con cada uno de los que aquí estamos, con nuestras debilidades, pobreza y miserias para hacer posible algo nuevo, algo diferente, algo más humano y por eso algo más divino.

Y ese abrazo de Dios lo hemos ido manifestando cuando hablábamos de nuestras familias, de nuestros hijos, de nuestros padres... de que les íbamos a echar de menos esa noche reunidos cenando...hemos sentido que Dios nos iba abrazando también en cada una de las lágrimas de impotencia y nostalgia que caían por nuestras mejillas, cuando recordábamos esos momentos.

La celebración ha continuado con la oración en común de la plegaria eucarística, con el momento de la consagración y con el rezo del Padrenuestro. No hemos podido darnos la paz, pero yo creo que sí hemos sentido que Dios nos daba su paz, una paz que brotaba desde esa ternura que en toda la celebración hemos ido contemplando y meditando.

El cuento de “las cuatro velas” nos ha hecho recobrar la esperanza. La vela de la paz se ha apagado, también la de la fe, y también la del amor; pero la vela de la esperanza ha vuelto a encender las otras tres. Esa esperanza es la que hemos pedido para nuestro mundo, para nuestras familias y para nuestra cárcel. Esa esperanza que queremos no se apague nunca dentro de nosotros. En la cárcel hay muchos momentos de desesperanza, desde el mismo momento en que se entra en ella nos puede cundir la desazón, el preguntarnos por qué y el pensar que todo ese horror nos va a impedir vivir. Pero de todos depende el que la cárcel pueda ser un espacio diferente de vida, de humanidad y de ternura. Y eso no significa ser ñoños, sino creer que las cosas pueden cambiar y que nosotros podemos hacerlas distintas.

Como siempre tendríamos que haber terminado “besando al Niño”, como cada año, pero no podíamos hacerlo por la pandemia. Por eso hemos hecho un gesto similar al que hacemos el viernes santo a la cruz. Con el Niño tumbado, cada uno se ha ido acercando y ha hecho el gesto de adoración que en ese momento quería. Ha sido también un momento entrañable: en un profundo silencio cada uno volvía a reconocer el amor de Dios en aquel Niño que sabíamos nos daba lo mejor, como no lo han dado nuestros hijos y como sabemos que nos abrazan los que más nos quieren. Un Niño que no nos juzga, sino que nos mira tiernamente, con cariño, que se fía de nosotros y que nos empuja y ayuda a seguir.

Ha sido también especial la entrega del símbolo de este año al terminar: la felicitación del otro gran santo de América, Pedro Casaldáliga, fallecido en agosto pasado:

“Para ser el Dios con nosotros, has de serlo en la impotencia, con los pobres de la Tierra, así, pequeño, así, desnudo de toda gloria, sin más poder que el fracaso, sin más lugar que la muerte, pero sabiendo que el Reino es el sueño de tu Padre, y también es nuestro sueño. Todavía hay Navidad, en la paz de la esperanza, en la vida compartida, en la lucha solidaria. ¡Reino adentro Reino adentro!

Esta felicitación la hemos entregado y rezado todos juntos, era el deseo del obispo Casaldáliga para todos nosotros, un hombre que sabía mucho lo que significaba estar con los pobres y ser uno de ellos, porque es lo que hizo toda su vida; un hombre que sabía que el poder se manifiesta en el

fracaso, como lo sabía el mismo Jesús. Pero un hombre profundamente unido y luchador por el proyecto de Jesús de Nazaret, lo que El llamó, El Reino, un Reino al que Pedro Casaldáliga dedicó toda su vida y toda su energía. Y junto a esa felicitación que hacíamos nuestra, el convencimiento que también tuvo el obispo en toda su vida, con los pobres sin tierra en Brasil: “Aquello que me hace es lo doy, no lo que tengo. Cuanto más doy más tengo, porque soy más. Cuando más tengo y menos doy, tengo menos porque soy menos”. No es un trabalenguas, sino que es la enseñanza de Belén, que también vivimos en la cárcel, donde todos somos exactamente iguales porque todos estamos en el mismo barco, y estamos llamados a poner en común lo que tenemos y somos con los demás.

Celebración especialmente densa, como siempre en la prisión, llena de Dios y llena de vida. No pudimos compartir ni siquiera un dulce en este día, pero si pudimos compartir la ternura de un Dios que desde Belén nos abraza, incluso con nuestros delitos, no para bendecirlos sino para bendecirnos a nosotros y para decirnos que podemos cambiar, y que se sigue fiando de nuestras vidas, que nos quiere y quiere que seamos siempre felices.

Nochebuena en la cárcel, día especial de cariño y de esperanza. Cuando nos íbamos despidiendo de los chicos y nos marchábamos hacia la calle, nos quedaba, como siempre a todos, una experiencia agridulce. Allí se quedaba parte de lo que más queremos. En esos pasillos de la M-30, como la llaman popularmente, de hormigón, llenos de frío, y de dolor, se quedaba el haber compartido un rato especial de Navidad, de Dios con nosotros, de amor, de haber sentido algo diferente; pero a la vez se nos llenaban los ojos de lágrimas al dejarlos allí. Quizás eso sea difícil de entender cuando no se vive cada día. La cárcel es lo opuesto a la Navidad porque es lo inhumano, frente a la humanidad que celebramos cada nochebuena. ¿son culpables? Seguramente sí, y por eso se les ha juzgado, pero dejemos que un día más sea el misterio profundo del amor de Dios el que les envuelva, a ellos y a nosotros, y el que nos haga descubrir, que sea como sea, todos tenemos derecho a una segunda, tercera.... Oportunidad, y que nuestro Dios, el que nace en Belén y juntos hemos celebrado, nos la

da cada día... también en la cárcel... también en Navalcarnero, por encima de nuestros delitos....

Dios también se quedaba encerrado en aquella triste cárcel de Navalcarnero, en esa mañana de Navidad de 2020; se quedaba junto a los que siempre quiere a estar, junto a los más desvalidos, junto a los más sufrientes y doloridos. El dolor de los presos y de sus familias, es también esta navidad el dolor del mismo Jesús y nuestro propio dolor. Y lo que en esta mañana juntos experimentamos, presos y voluntarios, es que el amor puede hacernos cambiar, el amor de un Dios que se hace pobre, necesitado y débil, para que nosotros, desde nuestra debilidades y pobreza, conquistemos también nuestras grandezas y posibilidades: ser felices y hacer felices a los demás en cada momento de nuestra vida.

N,24 de diciembre de 2020

J. Sánchez